

## LA CIUDADELA INTERIOR DE ISAIAH BERLIN

Una de las cualidades personales más atractivas de Isaiah Berlin era su modestia. Siempre insistió en que, en palabras suyas, era “sistemáticamente sobrestimado”, aunque a menudo añadía, con un destello en los ojos: “¡Y que no falte!”. En privado, algunas veces llegaba más lejos, afirmando que se sentía como un terrible fraude, y temía ser descubierto algún día. En 1952 escribió a Arthur Schlesinger, Jr.: “Debe usted recordar que, a menos que alguien me diga lo contrario de vez en cuando (o incluso continuamente), creo por lo general que todo lo que hago es superficial, insignificante, descaradamente trivial, y no podría engañar ni a un niño tonto”<sup>1</sup>.

Estoy convencido de que era totalmente sincero cuando decía estas cosas; pero también lo estoy de que, por supuesto, se equivocaba. Sin embargo, en este momento, me identifico fuertemente con sentimientos de esta índole; y, a diferencia de Berlin, no me equivoco al hacerlo. Aunque he tenido la inmensa fortuna de colaborar en la difusión de las ideas de Berlin desde hace más de treinta años, ello por sí solo no me permite ni me autoriza a ser intérprete de las mismas. La relación entre el editor y sus textos es diferente a la del crítico, aunque hay algunas coincidencias. Un

---

Henry Hardy, Wolfson College, Universidad de Oxford.

Traducción de **Eva Rodríguez Halfter**. Este artículo es el texto editado de la conferencia dictada por el autor en la jornada “Isaiah Berlin. Un liberal en perspectiva”, celebrada en Madrid (28-1-2008).

<sup>1</sup> Carta de 6 de febrero, 1952.

constructor puede hacer bien su trabajo sin tener conocimientos profundos de arquitectura. Como es natural, yo me he formado una concepción personal sobre la naturaleza e importancia de las ideas de Berlin y, desde luego, es debido a que siento tan enorme afinidad con estas ideas por lo que he pasado la mayor parte de mi vida en su compañía, pero estos hechos autobiográficos son en gran medida contingentes a mi función principal. Por esta razón, la invitación a que hable hoy aquí es un tanto arriesgada y tengo, por mi parte, un consecuente sentimiento profundo de no estar a la altura de las circunstancias. No obstante lo cual, aquí estoy, y es mi deber intentar comunicarles algunas de las ideas que me he formado pasados diez años de la muerte de Berlin.

El distinguido profesor británico Noel Annan –lord Annan– era amigo íntimo de Berlin. En un libro publicado en 1990, Annan resumía con estas palabras la obra de Berlin: “Tengo la impresión de que ha escrito la más auténtica y más conmovedora de todas las interpretaciones de la vida que hizo mi generación”<sup>2</sup>. Otro amigo, el historiador americano George Kennan, decía en 1958, en una carta personal a Berlin:

*Indudablemente tienes el pensamiento crítico más insigne de esta generación; endulzado con un sentido de la caridad que seguramente haría la envidia de 99 de cada 100 cristianos, y enriquecido con una capacidad de orden tan extraordinaria que su mero funcionamiento es en sí un acto de creación, que incide en todo lo que toca e incluso lo modifica; igual que, según se dice, la experimentación científica altera, por su propia acción, la sustancia que en teoría debe iluminar<sup>3</sup>.*

Estos dos elogios están expresados con palabras extraordinariamente contundentes y lo que dicen contribuye a explicar por qué, cuando Berlin murió, se produjo tal profusión de cariño personal y admiración intelectual; y por qué estamos hoy aquí reunidos para hablar de su legado.

<sup>2</sup> Noel Annan, *Our Age* (Londres y Nueva York, 1990), 378, levemente modificado en PSM xv. (La lista de las abreviaturas de las obras de Berlin en <http://berlin.wolf.ox.ac.uk/lists/ab-brevs.html>).

<sup>3</sup> Carta de 16 de junio, 1958.

Pese a todo ello, hay una cierta paradoja en la premisa de esta conferencia. Berlin era un ensayista esporádico e impresionista más que un pensador analítico exacto, esmerado y acumulativo. No escribió ningún tratado sistemático en que sintetizara sus ideas aparentemente dispares en una sola estructura coherente; es más, habría sido contrario al espíritu de su empeño el hacerlo. Trató sobre una variedad extraordinaria de cuestiones, y prácticamente en cada uno de los temas particulares que abordó es posible nombrar a una serie de expertos cuyo trabajo es más erudito, más exhaustivo, más fiable, más equilibrado... y, por lo general, más aburrido. En ocasiones pienso en el conjunto de la obra que nos dejó como en una catedral inconclusa, construida de manera asistemática durante un periodo prolongado en toda una variedad de estilos diferentes, sin atender demasiado a los procedimientos de edificación habituales y oficiales o a las normas de construcción, y no suficientemente protegida frente a las agresiones del clima. No se había trazado ningún plan general arquitectónico previo, no se habían realizado estudios de ingeniería con objeto de calcular los pesos y contrapesos que la estructura tendría que soportar, y no siempre está claro por qué algunas partes del edificio siguen en pie. Hay grietas en la piedra que revelan fallos estructurales que habría que reparar si queremos conservar la catedral para futuras generaciones. Aquí haría falta un contrafuerte, allí habría que extraer los materiales sueltos de un muro y sustituirlos por algo más sólido.

No obstante estos problemas, el edificio posee una magnificencia y un poder propios que se perderían si pretendiéramos demolerlo para intentar construir otro mejor organizado desde los cimientos. Es más, esa medida de desorden forma parte de su lógica, y también de su atractivo. Berlin encarnaba en su personalidad y expresó en sus escritos una visión idiosincrásica de la compleja condición humana, pero apasionante y persuasiva, que le diferencia de otros pensadores y que desafía a explicar por qué ha movido a tantas personas a unirse a su perspectiva y a explorar su pensamiento, un tanto desordenado. Es esta visión, exclusivamente suya cuando se analiza en su conjunto, la que va atando muchos de los hilos de su vida y su obra, dando unidad a lo que, de otro modo, podría ser una amalgama sin trabazón de elementos diversos.

Berlin solía citar un pasaje de Bertrand Russell sobre este fenómeno, mejorándolo característicamente al citarlo. He aquí una de sus formulaciones: “para comprender verdaderamente las doctrinas centrales de un pensador original es necesario, en primer lugar, aprehender la particular visión del universo que habita en el fondo de su pensamiento, más que atender a la lógica de sus argumentos”. Y añadía que “el propósito esencial” de quienes tienen dicha visión es “exponer una concepción omnímoda del mundo y del lugar y la experiencia del hombre en él”<sup>4</sup>.

Aunque Berlin nunca se habría descrito como un pensador original, y aunque cabría calificar su concepción omnímoda, con otra paradoja, como hostil a las concepciones omnímodas, no cabe duda de que estas observaciones son aplicables a su propia obra. Sus escritos están impregnados por una visión profundamente intuitiva de la vida humana, que él expresa de modo diferente en momentos diferentes, pero que está siempre presente como trasfondo, y es siempre accesible al lector paciente y receptivo. Ahora bien, tan pronto como intentamos describir esta visión, la “ciudadela interior”<sup>5</sup> de su pensamiento, por emplear su propia metáfora, topamos con una dificultad especial, captada en una crítica reciente del libro de George Crowder sobre Berlin (que es, por cierto, con diferencia la mejor introducción a sus ideas escrita hasta el momento). El perceptivo crítico lo expresaba así:

*Comentar la obra de Isaiah Berlin es sin duda una perspectiva intimidante. Berlin es uno de esos pensadores del que puede decirse que hay que leerlo para apreciar la textura y el significado de sus ideas. Éstas pueden ser categorizadas, resumidas, pero su poder reside en su expresión, en el estilo característico que ha de ser leído para apreciarlo en todos sus matices y su poder de evocación<sup>6</sup>.*

La verdad de este juicio persigue a todo el que intenta hablar por boca del propio Berlin, y el primer consejo para todo el que pregunte el porqué

<sup>4</sup> CTH 161.

<sup>5</sup> L 3, 246, 288.

<sup>6</sup> Patrick Neal, “Systematizing the Unsystematic”, crítica del libro de George Crowder, *Isaiah Berlin: Liberty and Pluralism*, en *Review of Politics* 68 N° 1 (febrero 2006), 137-40, en 137.

de tanto ruido es: “lea usted a Berlin”. Con todo, no podemos remediar el intentar descubrir alguna pauta esencial, una habilidad que el propio Berlin admitía poseer y que desplegaba en sus obras<sup>7</sup>. Siempre dijo que no tenía suficiente interés en sí mismo para querer escribir su autobiografía, pero a nosotros nos cabe preguntarnos qué habría producido su visión de haberla dirigido hacia sí mismo.

En mi opinión, la importancia y el atractivo de Berlin se componen de una serie de elementos distintos pero relacionados cuyo impacto conjunto es mayor que la suma de sus partes. Berlin es un *Gestalt* irreductible. Se han escrito libros excelentes sobre los elementos más evidentes de este todo –sobre sus ideas en torno a temas varios, y sobre su interpretación de las ideas de otros (coincidiendo ambas cosas algunas veces)– y no me es posible resumirlos aquí. Pero sí quiero hacer unas cuantas sugerencias sobre lo que subyace, e impulsa, a sus doctrinas y descripciones más explícitas. Estas fuerzas subyacentes en ocasiones se manifiestan de manera directa, pero también son perceptibles bajo la superficie incluso cuando sólo están implícitas. Son, ante todo y sobre todo, actitudes y cualidades de carácter, más que teorías, aunque lógicamente tienen vástagos teóricos.

Uno de los atributos más profundos y más omnipresentes de Berlin es algo que al parecer debe a sus raíces rusas, a saber: el entusiasmo contagioso y el profundo compromiso personal con que dota de vida a sus ideas, siempre consciente de que éstas reciben valor y significado primordialmente a través de su papel en las vidas de las personas, no por su belleza formal sobre la página. Estas cualidades le diferencian de un gran número de escritores académicos. En una ocasión, Berlin definió al intelectual como “una persona que quiere que las ideas sean tan interesantes como sea posible”<sup>8</sup>, y según ese criterio él es el intelectual por excelencia. Nadie ha sido, ni es, mejor compañía intelectual.

Igualmente fundamental, igualmente previa a la sustancia explícita de su pensamiento, es su evidente sabiduría: la pura inteligencia, la solidez de sus jui-

<sup>7</sup> Carta a **Donald Hall**, 11 diciembre 1944, MSB 111/7-10, en la 10.

<sup>8</sup> CIB 24.

cios, la perspicacia, la sensatez y la humanidad que irradia su trabajo. Cuando lo lees, te sientes en buenas manos. En el pasado, me han leído la cartilla por decir esto, en razón de que debemos conservar en todo momento nuestra independencia crítica como lectores. A mí se me antoja ésta una restricción poco realista y empobrecedora: la confianza justificada entre las personas es un lazo natural y fructífero en el mundo intelectual tanto como en el personal. No significa ello que Berlin nunca se equivocara, nunca se confundiera o que no debemos pronunciarnos cuando no nos convence. Pero sí sugiere que estos casos son probablemente las excepciones que confirman la regla.

Además, cuando leemos a Berlin, pronto nos percatamos y nos sentimos atraídos por la amplitud de sus concepciones: incluyó en su lienzo la condición humana toda, preguntándose, en palabras tomadas de J.G. Fichte, qué es lo que la humanidad puede, y debe, “ser y hacer”<sup>9</sup>, individual y colectivamente. Evidentemente dista de ser el único en adoptar una perspectiva tan amplia, pero Berlin nos habla sobre esta cuestión inabarcable con autoridad extraordinaria. Ello se debe en parte a las cualidades que ya hemos apuntado, pero operan también otros factores. Uno de ellos es su claridad, uno de sus principales méritos, aprendido en Oxford. Aunque su visión es magníficamente exuberante, siempre es directa y lúcida. Lo que escribe está también felizmente libre de la solemnidad antipática y la fantasía irresponsable de buena parte de las grandes teorías. Siempre prefiere una descripción rica pero bien fundamentada de cómo son las cosas en realidad a un intento excesivamente ambicioso de imponer un sistema simplificador, limitador y normativo a la realidad. Su amigo J.L. Austin resumió esta actitud contenida y realista en un estupendo aforismo que le surgió en un sueño: *Neither a be-all nor an end-all be*<sup>10</sup>. Debemos cuidarnos de no permitir que incidan en nuestra experiencia preconcepciones acríticas o ambiciones intelectuales o morales indefendibles. No hay apuestas posibles. No podemos tener certeza por adelantado de que todo va a tener sentido

<sup>9</sup> “El hombre ha de ser y hacer algo”. **J.G. Fichte**, *Über das Wesen des Gelehrten, und seine Erscheinungen im Gebiete der Freiheit* (1793), lección 4; *Sämtliche Werke*, ed. **I.H. Fichte** (Berlín, 1845-6), vi 383.

<sup>10</sup> **J.L. Austin**, “Pretending” en id., *Philosophical Papers*, ed. **J.O. Urmson** y **G.J. Warnock**, 3ª ed. (Oxford, 1979), 253-71, en nota 271. Otra frase que a Austin le gustaba citar pertenece al *Hamlet* de **Shakespeare**: “Neither a borrower nor a lender be”, es decir, nunca pidas prestado, ni prestes.

o, en todo caso, va a tener la misma clase de sentido. Esta apertura a lo inesperado queda bien ilustrada en su insistencia, siguiendo a Giambattista Vico, de que el método científico no puede explicar plenamente la conducta humana, y que el tipo diferente de conocimiento “interior” que lo complementa y, en realidad, es prioritario en este ámbito, no es inferior al conocimiento científico, sino más profundo y más completo como vía para entender la conducta humana.

Podría decirse que el empeño de Berlin en describir la realidad con el mínimo de distorsión es la regla cardinal de procedimiento que sigue instintivamente; forma parte de aquello a lo que aludía al auto-describirse como “de mentalidad empírica”<sup>11</sup>. Y glosó esta descripción diciendo: “Creo que todo lo que hay en el mundo son personas y cosas, e ideas en las cabezas de las personas: aspiraciones, emociones, esperanzas, temores, opciones, visiones imaginativas y todas las restantes formas de experiencia humana. Esto es todo lo que yo conozco”. Y en su último ensayo decía: “lo único que pueden expresar las palabras es la experiencia empírica: [...] no hay otra realidad”<sup>12</sup>. Al fin, nuestra experiencia es lo único que tenemos para seguir adelante, y debemos ser fieles a ella, en toda su acaso frustrante pero también gloriosa variedad. No debemos dejarnos tentar por los vastos sistemas metafísicos o ideológicos que desprecian la experiencia. No hay manera de justificarlos y debemos vivir sin ellos, aun si tenemos lo que Berlin calificó de “una profunda e incurable necesidad metafísica”<sup>13</sup> del consuelo que aquellos parecen proporcionar, sobre todo en el campo de los valores.

Esta frase –“una profunda e incurable necesidad metafísica”– pertenece al último párrafo de “Dos conceptos de libertad”, su conferencia inaugural como catedrático de Oxford. Éste es uno de los párrafos más importantes

\* “*The be-all and end-all*” significa el elemento esencial, la quintaesencia, lo más importante, de algo, una frase que proviene de otra obra de **Shakespeare**, *Macbeth*. Austin juega con esta expresión convirtiéndola en un aforismo (*neither a be-all nor an end-all be*) que él creía un buen lema para el filósofo y cuyo sentido vendría a ser no pretender haber encontrado la esencia y el fin de todas las cosas; resistirse a totalizaciones y conclusiones absolutas. Una traducción aproximada sería: “no ser el todo ni ser el fin de todo”. (N. de T.)

<sup>11</sup> CIB 32.

<sup>12</sup> POI 2.

<sup>13</sup> L 217.

que Berlin escribió, aunque quizá no haya sido cabalmente entendido, acaso porque su mensaje es tan radicalmente polémico. En él nos presenta al ser humano esforzándose en pos de fines “sin pretender que tengan valor eterno”, pero añade: “Los principios no son menos sagrados porque no sea posible garantizar su duración”. A menudo regresa a la imposibilidad de esta clase de garantías, y para él éste es un rasgo fundamental de nuestro malestar, aplicable en general, no sólo en el ámbito moral al que en este caso se refiere. Berlin insiste en que nada, ni siquiera nuestros supuestos más profundos y formativos y las categorías de pensamiento que los expresan, pueden ser garantía frente al cambio. “¿Son las categorías metafísicas, absolutas?” pregunta. “No”, responde, “creo que, en principio, las categorías pueden modificarse”<sup>14</sup>. Todo es contingente, en principio, incluida la naturaleza humana, por más constante o universal que pueda ser en la práctica; nada (aparte de las reglas que nosotros mismos inventamos) es necesario, o tiene que ser por fuerza como es. Puede que anhelemos que nuestros supuestos y compromisos esenciales sean corroborados por alguna autoridad eterna y trascendente; pero esta es exactamente la “profunda e incurable necesidad metafísica” a la que, a su juicio, debemos renunciar si queremos crecer moralmente y despojarnos de las supersticiones a las que somos innatamente propensos. Como dice Berlin en ese mismo párrafo: “el deseo mismo de garantías de que nuestros valores son eternos y están guardados en algún cielo objetivo quizá no sea más que un ansia de las certidumbres de la infancia o de los valores absolutos de nuestro pasado primitivo”. Y a continuación viene su famosa cita de Joseph Schumpeter: “Percatarse de la validez relativa de nuestras convicciones y pese a ello defenderlas sin flaquear es lo que diferencia al hombre civilizado del bárbaro”<sup>15</sup>.

En la primera versión de “Dos conceptos de libertad”, Berlin añade, después de la anterior cita: “Ésta me parece a mí la mejor afirmación jamás pronunciada sobre el carácter de nuestras convicciones últimas”. En efecto, la frase podría ser grabada en la entrada de la ciudadela interior de Berlin, y merece que nos detengamos en ella, sobre todo porque una de sus pa-

<sup>14</sup> UD 126.

<sup>15</sup> **Joseph A. Schumpeter**, *Capitalism, Socialism, and Democracy* (Londres, 1943), 243. (Hay traducción española: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Madrid, 1968).



labras es muy equívoca. Me refiero al término “relativa”, una elección desafortunada porque parece convertir a Berlin en un relativista, lo cual no era, o, en todo caso, no quería ser. Decir que las propias convicciones son “relativas” produce la impresión de que son indefendibles frente a críticos y enemigos; que son arbitrarias, subjetivas, simple cuestión de preferencia personal. “Yo estoy a favor de la bondad y tú prefieres los campos de concentración”<sup>16</sup>, como lo expresa Berlin. Si fuera así realmente, acaso no sería normal hablar de convicciones en lugar de gustos, o decir que uno desea defenderlas “sin flaquear”, aun si, bajo el liberalismo, tenemos derecho a hacerlo. En una ocasión pregunté a Berlin si él personalmente habría utilizado la palabra “relativa” en ese contexto, dado su potencial para inducir a error, y me confirmó que no lo habría hecho. Indicó, por el contrario, que habría dicho que la persona civilizada defiende sus convicciones aunque no sean “eternas o universales”<sup>17</sup>. Su intención al utilizar la cita había sido apuntar que incluso las categorías y valores más constantes y básicos de la historia humana son, pese a todo, contingentes, relativos en un sentido amplio; es decir, relativos a comoquiera que sean las cosas, lo cual no puede ser garantía frente a su cambio en el futuro y nada nos asegura que no hayan cambiado en efecto desde un pasado lejano del que no guardamos constancia. Lo que Berlin quiere decir no es que crea que, siendo realistas, debemos esperar un cambio profundo de esta índole en ninguna circunstancia previsible; su idea es, más bien, una expresión lúcida del carácter en última instancia accidental de nuestro mundo y todo su contenido, físico y cultural.

Aún más, las convicciones de los individuos específicos muestran una forma más local de relatividad, puesto que difieren, dentro de los límites decisivos impuestos por la naturaleza humana, en relación a la posición en el tiempo y el espacio de quienes las abrigan, a su entorno cultural, a su circunstancia personal, a su historia, a sus experiencias y su temperamento. Son, además, elegidas o aceptadas, más que impuestas y, en ese sentido, son también relativas: relativas a la concepción que la persona se ha formado libremente de su propia personalidad moral. Pese a un gran espacio vital

---

<sup>16</sup> POI 11.

<sup>17</sup> Carta a **Henry Hardy**, 2 de abril 1991.

común, no existe un solo conjunto completo de convicciones compartidas por todo el mundo, en todas partes y en todo momento. Es éste un punto en que la barbarie y la civilización de que hablaba Schumpeter y, por ello, también Berlin, se separan del todo. Los “bárbaros” consideran sus creencias ahistóricas, inmutables, universales, parte permanente del tejido del universo creado por la divinidad. Las personas “civilizadas” saben que sus convicciones no tienen esta categoría sobrenaturalmente garantizada, pero saben también que ello no significa que no esté justificada su defensa firme de estos valores; no sólo los valores que son, o debieran ser, comunes a toda la humanidad como la conocemos, sino también los valores que son peculiares de su propia y específica identidad moral, parcialmente auto-creada. Saben que no se trata de una negativa débil a flaquear, inferior cuando se mide con la defensa de valores metafísicamente absolutos, sino la posición más firme que nos es posible, si reconocemos cómo son las cosas verdaderamente<sup>18</sup>.

Quizá debamos detenernos aquí brevemente para advertir que, según este planteamiento, lo probable es que la civilización sea un logro minoritario y la barbarie, la norma. Puede que ésta sea una perspectiva desalentadora pero posiblemente también realista. Cabría inferir asimismo que debemos considerar a la mayoría de los creyentes de las grandes religiones como bárbaros, algo que no cabe suponer que Berlin pensara, y mucho menos que lo dijera. Significativamente, empezó su primer libro, sobre Karl Marx, con un epígrafe del obispo Joseph Butler que habla de ser fiel a la realidad. Esto es lo que Butler escribió: “Las Cosas y los Actos son lo que son, y las Consecuencias de ellos serán las que sean: ¿por qué, entonces, habríamos de desear ser engañados?”<sup>19</sup>. También éste podría ser un buen lema para toda la obra de Berlin, junto a otro comentario de Bu-

<sup>18</sup> Esta no es una afirmación aislada de **Berlin**. En una carta del 30 de diciembre de 1952 a **Herbert Elliston**, entonces director del *Washington Post*, dice que cree en “una sociedad en la cual la libertad es más importante incluso que la felicidad, la persona se ve obligada a elegir, aunque no tiene por qué gustarle, la persona no acepta sanciones sobrenaturales ni científicas de sus fines últimos sino que se conforma con el hecho de que son últimos para ella como individuo (que es lo único que es verdad)”; y en *Freedom and Betrayal*, fechado en el mismo año, dice que parte de “la esencia de la libertad” es “defender tus convicciones simplemente porque son tus convicciones”. (FIB 103-4).

<sup>19</sup> **Joseph Butler**, *Fifteen Sermons Preached at the Rolls Chapel* (Londres, 1726), sermon 7, 136 [§16].

ter que le gustaba citar: “Todo es lo que es, y no otra cosa”<sup>20</sup>. Una de las grandes virtudes de Berlin era reconocer, insistir y deleitarse con la complejidad, la multiplicidad y la confusión de la vida humana, su irreductibilidad a una simple lista de verdades generales. J.L. Austin captó bien este talante en otro aforismo: “¿Por qué, si hay diecinueve de cualquier cosa, no es filosofía?”<sup>21</sup>.

Berlin reconocía, claro está, que buscar pautas y regularidad son necesidades e impulsos humanos básicos, y aceptaba que para diversos fines prácticos, especialmente en el ámbito de la ciencia, es preciso abstraer y generalizar; pero nunca olvidó que toda abstracción y toda generalización, por su carácter mismo, elimina las particularidades concretas que la nutren, y que en la vida humana las particularidades son lo más importante: gente particular, relaciones particulares, culturas particulares, situaciones particulares, valores particulares, necesidades, aspiraciones e ideales particulares. El paleontólogo Stephen Jay Gould expresa esto a la perfección cuando dice que “todo lo interesante ocurre una sola vez con sus detalles significativos”<sup>22</sup>. Y el propio Berlin escribió, resumiendo una forma extrema de esta idea, sostenida por un oscuro pietista alemán del siglo XVIII, J.G. Hamann:

*Al final, Hamann sólo reconoce al individuo y su temperamento, y piensa que todos los intentos de generalizar producen la creación de abstracciones sin rostro que son a continuación adoptadas para aplicarlas a los individuos que constituyen la materia prima de las abstracciones, con la consecuencia de que las teorías postuladas en términos de estas abstracciones no llegan al fondo de los individuos a los que pretenden describir o explicar, y que los sistemas legales, morales y estéticos – toda formulación de principios de acción– o bien ignoran a los individuos de cuya experiencia surgen finalmente, o bien les fuerzan a algún lecho procrustiano de conformidad con unas reglas que sin duda les lesionan y podrían destruirlos*<sup>23</sup>.

<sup>20</sup> Ibid., 2ª ed. (Londres, 1729), xxix.

<sup>21</sup> En una crítica del libro de **Gilbert Ryle**, *The Concept of Mind*, en *The Times Literary Supplement*, 7 abril, 1950, Religious Books Section [sic], xi. Esta crítica está recogida en **Oscar P. Wood** y **George Pitcher** (eds.), *Ryle* (Londres, etc., 1971), donde este comentario aparece en la p. 48.

<sup>22</sup> Citado (sin fuente exacta) en **George A. Kennan**, *At a Century's Ending: Reflections, 1982-1995* (Nueva York, 1996), 315.

<sup>23</sup> TCE 352.

Procrusto era el mítico ladrón griego que obligaba a sus víctimas a tumbarse sobre una cama y después los cortaba o estiraba para adaptarlos a su tamaño: una útil metáfora de la oposición de Berlin a una conformidad impuesta en cualquier nivel. Era un campeón natural de los disidentes, los raros y los excéntricos –de lo que él denominó, citando a Kipling, “el sapo bajo el escarificador”<sup>24\*</sup>– en contra de los dogmas, la ortodoxia, la sobresimplificación, la regimentación, la eficiencia y la estandarización, especialmente cuando son impuestos con medidas crueles e intolerantes. En un espléndido pasaje al final de un ensayo de 1950, dice:

*Puesto que no es posible garantizar ninguna solución frente al error, ninguna disposición es definitiva. Y por consiguiente un tejido flexible y la tolerancia de un mínimo de ineficiencia, incluso cierto grado de complacencia en la charla ociosa, la curiosidad ociosa, la búsqueda sin objeto y sin autorización de esto a aquello [...] siempre merecerán más la pena que la pauta impuesta, por más clara y más delicadamente formada que esté. [...] Los hombres [...] viven con metas positivas, individuales y colectivas, una inmensa variedad de ellas, pocas veces previsibles, en ocasiones incompatibles. Es [...] a través de la búsqueda absorta, individual o colectiva, de éstas, la mayor parte de las veces sin esperanza consciente de éxito, y menos aún de la aprobación del supervisor oficial, como surgen los mejores momentos en las vidas de los individuos y los pueblos<sup>25</sup>.*

La insistencia de Berlin en la primacía de lo particular aparece de modos diversos, entre los que sobresale su individualismo moral. Para él, el individuo es fuente y portador de valores y nunca debe ser sacrificado a una mera abstracción. En palabras suyas: “los hombres son fines en sí mismos porque son la única fuente de toda moral, los seres por cuyo bien simplemente, lo

<sup>24</sup> TCE 350; el epígrafe del poema de **Rudyard Kipling** “Pagett, M.P.”, en *Departmental Ditties and Other Verses* (Calcuta, 1886), 43, comienza así: “The toad beneath the Harrow knows / Exactly where each tooth-point goes”.

\* Una traducción aproximada del epígrafe del poema de Kipling sería: “El sapo bajo el escarificador / sabe exactamente dónde está cada una de sus puntas / La mariposa desde el camino/ predica conformidad al sapo”. En este poema Kipling critica a los británicos enviados a la India sin conocimiento alguno del país y sus costumbres, que pretendían dar lecciones a los ingleses que vivían allí. Posiblemente Berlin citaba fuera de contexto, refiriéndose simplemente al hombre que no se ajusta a la norma. El escarificador es una herramienta agrícola que consta de un bastidor con travesaños armados con cuchillas para levantar la tierra y cortar raíces. (N. de T.)

<sup>25</sup> L 92-3.

que merezca ser hecho merece ser hecho [...], y nada hay, por tanto, fuera de ellos a lo que por principio pueda considerarse que merecen ser sacrificados”<sup>26</sup>. Los valores colectivos son parasitarios de los individuales, y no lo contrario, porque no podemos vivir si no es en relación con los demás. En particular, el Estado está hecho para el hombre, no el hombre para el Estado. Citando una vez más a Berlin: “la fuente última y única de autoridad en cuanto al carácter bueno o malo de las leyes y la acción social en general es el sentido moral del individuo”<sup>27</sup>; y también: “todo lo que en última instancia tiene valor son los propósitos particulares de individuos particulares”<sup>28</sup>.

Cuando miramos con los ojos abiertos hacia los valores que nos guían, descubrimos, contrariamente a siglos enteros de teología y filosofía, que dichos valores son distintos y múltiples, no reductibles a un denominador común anodino y poco iluminador, y que no todos nos llevan en la misma dirección. Una vez más, la realidad es compleja. Debido a ello, es un rasgo constante de nuestra condición el vernos forzados a elecciones difíciles, no sólo entre el bien y el mal sino también entre el bien y el bien, el mal y el mal, y necesitamos espacio político así como recursos personales para elegir adecuadamente. No es admisible que nos conduzcan a un sistema ordenado que ignore o elimine las diferencias mismas que hacen la vida interesante y digna de ser vivida. El último director de la institución donde yo trabajo –el Wolfson College de Oxford– resumió en una ocasión con claridad la visión de Berlin sobre la naturaleza humana diciendo que lo principal que los seres humanos tienen en común es que difieren entre sí.

Y esto nos lleva al campo de batalla entre monismo y pluralismo, que late en el fondo del pensamiento de Berlin. Si hay un solo elemento de su perspectiva sustantiva que tenga preeminencia, es éste, junto a sus consecuencias. Y es esto por encima de todo lo demás lo que lo hace tan relevante para nuestro tiempo, desgarrado por las tensiones que el monismo puede desatar, y desata, en gran parte de origen religioso. Una vez y otra,

<sup>26</sup> PIRA 206.

<sup>27</sup> “Democracy, Communism and the Individual” (1949), <http://berlin.wolf.ox.ac.uk/lists/nachlass/demcomind.pdf>, 3.

<sup>28</sup> RT2 128.

Berlin advierte contra la ilusión de creer que existe una solución única y coherente al problema de la vida humana, aplicable a todo el mundo, en todas partes y, peor aún, que tenemos derecho a imponer dicha solución por la fuerza. Así, escribe:

*Son, sin duda, en cierto sentido afortunados aquellos que se han autoconvencido, o han sido convencidos por otros, de obedecer algún principio absoluto ante cuyo tribunal pueden llevarse todos los problemas. Los monistas rotundos, los fanáticos implacables, los hombres poseídos por una visión coherente y totalizadora no conocen las dudas y agonías de quienes no pueden cegarse enteramente a la realidad<sup>29</sup>.*

Y así también: “Es arrogancia terrible y peligrosa creer que sólo tú tienes razón: que tienes ojos mágicos que ven la verdad: y que otros no pueden tener razón si no están de acuerdo”<sup>30</sup>. O, nuevamente:

*Felices quienes viven bajo una disciplina que aceptan sin cuestionar, que obedecen libremente órdenes de líderes, espirituales o temporales, cuya palabra es plenamente aceptada como ley inquebrantable; o quienes, por sus propios métodos, han llegado a tener convicciones claras e inamovibles sobre qué hacer y qué ser que no admiten duda posible. Sólo puedo decir que quienes descansan en tan cómodos lechos de dogma son víctimas de formas de miopía autoinducida, orejeras que pueden procurar conformidad, pero no comprensión de lo que significa ser humano<sup>31</sup>.*

Todos estos fragmentos nos retrotraen a la observación de Berlin sobre “la profunda e incurable necesidad metafísica” de garantías trascendentes. La persona civilizada ha de estar en guardia frente a los bárbaros que se entregan a esa honda necesidad de certidumbre, porque “permitir que esa necesidad determine nuestra práctica es síntoma de una inmadurez moral y política igualmente profunda y más peligrosa”<sup>32</sup>.

---

<sup>29</sup> L 47.

<sup>30</sup> L 345.

<sup>31</sup> CTH 13-14.

<sup>32</sup> L 217.

El ataque de Berlin al monismo moral podría estar inducido, en primer lugar, por los totalitarismos políticos del siglo XX, especialmente los de la Unión Soviética y Alemania, pero es en todo aplicable a la moralina miope y la certidumbre arrogante y sin fundamento de los fundamentalistas fanáticos que esparcen el terror en el mundo de hoy. Es aplicable asimismo, si bien en sentido menos evidente y radical, a las tendencias paternalistas, directivas y tecnocráticas en política que socavan la libertad y la dignidad del individuo anulando su necesidad de tomar decisiones propias y ser responsable de su propia vida. Porque los seres humanos son fines en sí mismos no son simple forraje para los fines de otros, y deben gozar de toda la libertad posible para trazar su propio curso entre los valores conflictivos que tienen ante sí. Como mejor se protege esta libertad, en opinión de Berlin, es con un orden político liberal, y por eso era él liberal hasta los tuétanos.

Naturalmente, yo no he hecho más que rascar la superficie de una respuesta a mi propia pregunta sobre la ciudadela interior de Berlin. En la primera conferencia sobre el romanticismo que pronunció en Washington en 1965, titulada “En busca de una definición”, Berlin recitó una lista enorme, resonante, caleidoscópica, de definiciones del romanticismo, muchas de las cuales eran claramente contradictorias, antes de preguntarse cuál era la verdadera esencia, si es que la tenía, del romanticismo. Cabe imaginar una similar lista de capacidades y visiones lúcidas de Berlin, no siempre compatibles, confeccionada como preparación para un intento de captar la esencia de su espíritu, si es que la hay. Algunas de las que yo he elegido podrían etiquetarse como modestia (personal e intelectual), entusiasmo, perspicacia, latitud, realismo, empirismo, negación de garantías, dar preeminencia a lo particular, reconocimiento de la multiplicidad, rechazo del fanatismo. Cada intérprete de Berlin jerarquizará sus contribuciones de manera diferente, encontrará la esencia de su perspectiva en términos distintos, aunque haya, lógicamente, un terreno común. Pero cuando hayan concluido las síntesis y las categorizaciones, todos coincidirán en que perdura un remanente idiosincrásico que no se presta a categorización alguna: el ser humano singular, específico, insustituible cuyo estilo intelectual, personal y literario era manifiestamente propio; una presencia palpable, estimulante, inspiradora, provocadora, ensanchadora, a veces inquietante, dotada de vida póstuma perdurable por virtud de un corpus de escritos exuberante, extenso y magnánimo: Isaiah Berlin.

# LA ILUSTRACIÓN liberal

---

---

Revista española y americana

Primavera de 2008

NÚMERO

35



• • •

CARLOS ALBERTO MONTANER: *Por qué fracasó la república que soñó Martí*

JUAN CARLOS GIRAUTA: *Nacionalismo, cultura y homogeneización social. El caso catalán*

CARLOS RUIZ MIGUEL: *A propósito del terrorismo galleguista*

HORACIO VÁZQUEZ-RIAL: *La vejez es una masacre: Philip Roth y el amor irreplicable*

CARLOS SEMPRÚN MAURA: *Revolución sin revolución*

FERNANDO DÍAZ VILLANUEVA: *Estonia bajo el Terror Rojo*

• • •

ENTREVISTAS: William Kristol • José María Marco

RESEÑAS • EL LIBRO PÉSIMO • EL RINCÓN DE LOS SERVIDORES

• • •

Y acceda a los contenidos  
de todos los números anteriores  
en nuestra página web

[www.lailustracionliberal.com](http://www.lailustracionliberal.com)

E-MAIL: [lailustracion@libertaddigital.com](mailto:lailustracion@libertaddigital.com)